

dulgencia y de gracia; pero vosotros, alimentados con las palabras de la fe, lavados con la gracia de la regeneracion al salir del seno de vuestras madres, criados con una disciplina santa, fortalecidos contra el horror del delito con los socorros de la religion y con los ejemplos de los justos, no podeis justificar vuestras caidas como no sea por un exceso de ingratitud y de corrupcion, que las hace mas culpables y dignas de un castigo mas largo y mas severo.

¿Acaso por haber prevalecido la malicia y haberse hecho mas comunes los delitos, son por eso mas dignos de perdón? La multitud de culpados nada muda á la naturaleza de los delitos. Todos los hombres que habian corrompido sus caminos en tiempo de Noé, fueron castigados de Dios y sumergidos en las aguas, del mismo modo que el desgraciado Achan, que cargado contra la órden del cielo de algunos despojos de Jericó, se halló él solo anatema en medio de Israel; y por otra parte, el mayor número de delinquentes irrita tambien mas la divina venganza, y es locura pretender que Dios á proporcion que es mas ultrajado, sea mas indulgente y favorable.

Finalmente, ¿acaso porque el fervor de aquellos primeros tiempos era causa de que los fieles estuviesen mas dispuestos para sufrir los rigores de aquella pública penitencia, y nosotros por haber nacido en siglos mas relajados, no nos hallamos en disposicion de sufrirlos, ni la Iglesia tiene derecho para pretenderlos de nuestra flaqueza?

¿Os parece, católicos, que el fervor de los primeros fieles habia de ser motivo para que la Iglesia se armase contra ellos de rigor y severidad, reservando para nuestra relajacion y nuestros desórdenes su indulgencia y sus gracias? ¿habia de haber sido en los primeros tiempos madre rigurosa para con unos hijos zelosos y fieles, y en nuestros tiem-

pos para unos hijos rebeldes y perdidos, una madre condescendente y fácil? ¿habian de estar reservados sus castigos para unos siglos en que era tan vivo el arrepentimiento de los delitos, y para los penitentes tibios de nuestro tiempo no habia de tener mas que favores y recompensas? Gran desgracia hubiera sido para aquellos primeros discípulos de la fe la abundancia de su compuncion, pues les granjeaba una multitud de penas: con que su fervor, en el cual consistia todo su mérito, habia de haber sido la causa de toda su desgracia; ¿y nuestra flojedad, en la que consiste todo nuestro pecado, habia de ser motivo de nuestra felicidad? ¿desde cuándo se ha hecho la virtud título oneroso y el vicio privilegio favorable?

No, católicos, comparaos de buena fe con aquellos primeros discípulos; comparad vuestros delitos con los suyos y su penitencia con la vuestra. La religion no se muda, el espíritu de la Iglesia aun es el mismo, Dios siempre mira con los mismos ojos al pecado, su justicia siempre pide las mismas reparaciones, el Evangelio aun nos propone las mismas máximas, la mutacion de los tiempos no muda las reglas y las obligaciones; ¿en qué podeis fundaros para creer que en la presencia de Dios os habeis de descargar de vuestros delitos á menos costa que aquellos primeros fieles? Si alguna diferencia hubiera, bien veis que seria contra vosotros.

Y no obstante esto, comparad vuestra penitencia con la suya; bien sabeis hasta dónde se extiende la medida de vuestros delitos: ¿qué haceis para expiarlos? ¿creéis que unas cortas oraciones, impuestas por un ministro poco instruido ó demasiado indulgente, borrarán en la presencia de Dios el caos de iniquidades en que vuestra alma ha estado casi siempre sumergida? ¿creéis que el confesar sim-

plemente los delitos á los piés del sacerdote es castigarlos? ¿y que unos defectos que en otro tiempo no se expiaban sino con años enteros de gemidos y de maceraciones, se han de expiar hoy con solo declarar que somos culpados? ¿creeis que toda una vida silenciosa se ha de purificar con la simple absolucion del sacerdote, concedida con demasiada facilidad, cuando en otro tiempo una sola caida pedia una vida entera de lágrimas y penitencia? ¿creeis que el camino era estrecho para los primeros fieles, y que para vosotros se ha hecho espacioso y cómodo? ¿que el reino de los cielos para ellos solamente era premio de la violencia, y que para vosotros lo es de los placeres y de la pereza? ¿que el Señor les pidió á ellos hasta la última dracma, y que á vosotros os ha de perdonar toda la deuda? En una palabra, ¿que sus delitos, raros y poco frecuentes, expiados con la ceniza y el cilicio, llorados con una fe viva y una continua compuncion, irritaron la justicia de Dios, y que los vuestros siendo innumerables y mas vergonzosos, sin ser castigados ni expiados, os han de granjear su misericordia y han de ser prendas de su bondad y clemencia?

Y no obstante esto, ¿dónde están vuestras lágrimas, vuestras maceraciones, vuestros ayunos, vuestras privaciones y la perseverancia de vuestra oracion? ¿dónde está aquel espíritu de compuncion y humildad que imprime en todas vuestras acciones un carácter de penitencia? ¿qué es lo que padeceis? ¿de qué os privais para mantener el título de penitentes, que es el único título que os queda para poder aspirar á la salvacion?

¿Pero qué es lo que digo, católicos? No hablemos de penitencia: ¿sois cristianos? cuando no tuviérais que cumplir mas que con las obligaciones comunes del Evangelio, sin tener culpas que expiar, ¿os parece que no tendríais moti-

vo para temer la divina justicia? ¿qué vida es la vuestra? ¿cuáles son vuestras costumbres? ¿en qué siglo ha llegado á tan alto punto el fausto, los placeres, el ócio, el regalo y la extravagancia de la profusion y de las modas como en el nuestro? ¿cuándo ha habido tiempos mas desgraciados, ni en que, con todo eso, haya habido tanto exceso en las cosas que hacen la felicidad de los sentidos y la alegría de los hijos del siglo? Escoged entre vosotros á los mas justos, á aquellos hombres virtuosos á quienes canoniza el mundo, á aquellas mujeres regulares á quienes aprueba la multitud, á aquellos escogidos del siglo, como habla San Agustin, cuya conducta en lo interior es irreprochable, y ved si en sus costumbres hallais ni reliquias siquiera de la primera santidad de los cristianos; ved si hallais en ellos una de aquellas señales de la vida evangélica que constituyen el carácter de los hijos de Dios; ved si en su vida cumplen ni aun con una sola de las obligaciones del bautismo, si conceis en ellos á los discípulos de Jesucristo, á los hijos de la fe, á los ciudadanos del cielo, á los enemigos del mundo, á unos hombres crucificados, extranjeros en la tierra, y si aun juntando el corto número de hombres que mas aprueba el mundo, podreis formar ni un solo cristiano.

Y así nuestras obligaciones son aún las mismas que antes, y solo se han mudado las costumbres; la religion aun subsiste para juzgarnos, y la fe que nos debiera salvar se ha apagado; el Evangelio ha pasado de nuestros padres á nosotros, y no nos sirve mas que de condenacion, despues de haberles servido á ellos de regla. El cuerpo del cristianismo se mantiene, y el espíritu que vivifica está apagado en nuestros corazones, y solo nos aventajamos á los infieles en que habiendo salido de una raíz santa hemos degenerado en ramos silvestres, y en que hemos ingertado en la

buena oliva el ramo de la infidelidad y las corrompidas costumbres del pagano y del idólatra.

No mireis, pues, católicos, á las costumbres públicas como título que os asegura; este es el fruto de esta instrucción. Acordaos continuamente de las reglas y de las obligaciones, no os tengais por seguros por estar con la multitud, como si vuestra conformidad con el mundo, que es el carácter de los réprobos, pudiera servir de título á vuestra inocencia.

Y vosotros, católicos, los que habiendo salido de las locas pasiones, ha mucho tiempo que entrásteis en los caminos de la compuncion y de la salud, comparad los débiles esfuerzos de vuestra penitencia con el celo y santa austeridad de aquellos primeros penitentes: en vez de ensobreceros con vuestras defectuosas injusticias, que en un siglo tan corrompido parecen singularidades y prodigios de virtud, porque ponen entre vuestras costumbres y las de los demás hombres, todos perversos y corrompidos, una infinita distancia, humillaos, porque aun os falta que andar para llegar á la penitencia y fervor de los primeros tiempos, y pensad en que aun distais mas de aquellos primeros fieles, que distan de vosotros los demás hombres.

Tiemblen, pues, los pecadores y anímense los justos; salgan los unos de su letargo y renueven los otros continuamente su fervor; ténganse los primeros horror á sí mismos, y los segundos no se miren con complacencia; en una palabra, asústense los unos con sus delitos, y no confíen los otros en sus virtudes, para que todos juntos puedan algun dia reunirse en la Iglesia del cielo y gozar en ella de la feliz inmortalidad. Amen.

ANALISIS

DE LOS SERMONES

CONTENIDOS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

DIA DE LA PURIFICACION.

DE LA SUMISION A LA VOLUNTAD DE DIOS.

DIVISION.—I. Cuáles sean las ocultas raíces de nuestra oposicion á la voluntad divina.—II. Cuáles sean las utilidades que acompañan á esta voluntad santa.

Primera parte. Las principales causas de nuestra oposicion á la voluntad de Dios son: 1.º Una vana razon que continuamente llama al juicio de sus propias luces las obras del Señor. 2.º Un gran caudal de amor propio que hace que todo nos lo atribuyamos á nosotros mismos. 3.º Una falsa virtud que con pretexto de buscar á Dios se busca á sí misma.